

Lo imborrable

... Nado
en un río incierto que dicen que me lleva del recuerdo a la voz.
(*El arte de narrar*)

Desde hace algunos años –tal vez, sobre todo, desde que leímos *Glosa* a fines de 1986– muchos creemos que en la obra de Saer están las mejores páginas de la narrativa argentina contemporánea y, más todavía, algunas de la mejor literatura, no sólo de la escrita en castellano.

Los textos de Beatriz Sarlo, Mario Goloboff y Milagros Ezquerro que reproducimos a continuación no ofician, así, como el ceremonial de un homenaje que siempre será justo repetir, sino más bien como la señal de un vasto trabajo de lectura de la obra de Saer del que hemos participado muchos de quienes hacemos *Orbis Tertius* desde hace una década. Para ir también esta vez, digamos, del recuerdo a la voz.

Saer fue uno, posiblemente *el primero*, de nuestros últimos modernos: creyó que el arte podía contradecir la ceguera con que la opresión nos sujeta a la lógica del intercambio, y atisbar un principio de fuga que nos enfrentase al espesor de nuestra condición real. Adentrando la lengua poética del narrar en el “sedimento oscuro” de un mundo que se miente nítido en su racionalidad, las ficciones de Saer van hacia ese “hombre no cultural”, el mismo que los colastiné de *El entenado* se atreven a mirar a los ojos durante su cíclico regreso a un estado sin ideologías, sin las patrañas urdidas por la prosa de una razón de Estado. Pero ese entrar por un instante en un “mundo de materia pura que ha expelido de sí toda leyenda” no es sólo trágico sino al mismo tiempo –en azarasas intermitencias de su misma radicalidad y a la par de la catástrofe que nos destina– dichoso: “un temblor de gozo y un sobresalto de liberación”, “un azar convertido en don”, “una certidumbre sensorial de permanencia” o “una sensación inesperada de armonía” se efectúan tanto en el *carpe diem* de los encuentros narrados, como en el efecto de la voz escrita con que la poesía saeriana interviene en la forma de la novela y la cambia. Según Saer, decíamos, el arte, que es capaz de *añadir* al acaecer “delicia y radiaciones”.

Por supuesto, el que intenta nadar del recuerdo a la voz –el que escribe, bebe o filosofa– no se “salva” del devenir sin gobierno ni razón, pero sí lo hacen “el amor al canto” y la voz misma, como advierte –contra su propio escepticismo– el poeta eminente de “Diálogo bajo un carro”. Con la literatura de Saer, no a pesar de nuestra condición mortal sino precisamente como su consecuencia, ese don inesperado ya entró en el mundo y es imborrable.

M. D.